

CAPITULO VII.

Representacion de "El Exámen de maridos."

1625

Pocos meses despues, y acercándose la Cuaresma de 1625, veíase golpe de gente á la puerta del corral del Príncipe, con intencion de llenar todas las localidades. En el Mentidero los cómicos, los ociosos en la lonja de San Felipe, y en las galerías del Alcázar un deudo predilecto del gran valido Conde-Duque, habian hecho famosa la comedia anunciada por los carteles. Hinchéronse inmediatamente los corredores, cuyas barandillas y postes de madera crugian como si fuesen á estallar; ni más ni ménos las gradas de abajo; y lo propio, allá en el centro, la jaula de las mujeres, horno de grillos, donde tantas veces los silbatos y llaves congelaron grandes tormentas. A los altos

desvanes encaramáronse religiosos y clérigos para disfrutar del espectáculo sin ser vistos ni romper las ordenanzas; en tanto que honraba los balcones, rejas y celosías de los aposentos la nobleza. En el patio fueron interminables las disputas y rencillas acerca de si este banco es mio, y este asiento fué puesto por mi criado. Pero allí mismo, detrás de la barrera, iba encrespándose cada vez más el oleaje de la infantería española; es decir, de los mosqueteros, que por estar de pié y en almáciga, eran desabridos, insolentes y verdugos de cualquier comedia huérfana ó recitante descuidado. Llevábales el contrapunto la voz de los azacanes y vendedores de golosinas, frutas y dulces; siendo de ponderar su destreza en coger el lienzo que con dinero se les arrojaba desde las barandillas, y con la mercancía volverlo como pelota.

Miéntas se acomodó la gente, y hasta que salieron las guitarras al tablado barruntando la loa, vino á mediar quisquillosa plática entre un caballero de los del patio y várias damas elegantes y mozas, que ocupaban el aposento del Rincon, autorizadas con su grave dueña, toquiblanca, antojuna y carigrifa.

Preguntó á las damas el galan si era ciertamente del indiano de la joroba la comedia.

—Y de lo mejor que ha producido su pluma.

—Dijose que, advertido, la colgaba de la pared, con resolucion de no escribir más para el teatro.

—Como que van á nombrarle ministro de un tribunal supremo, y á los garnachas desplacen los poetas.

—Y éste, al público y á los sabios.

—Por desgracia de ellos, que no de él.

—Quien una vez oyó la musa de Lope, ¿qué ha de llevar en paciencia hasta volverla á oír?

—Doblemente enamora y vale el florido bosque donde anida más de un ruisefior.

—No son todos ruisefiores los que cantan entre las flores.

—Hoy DON JUAN es cisne, que cuando canta espira.

—Perdonadme, discreta Doña Clara, que os pregunte si algo puede dar de sí reviejuelo tan desvencijado y minúsculo.

—Una hierbecilla ruin, pisada y menospreciada del hombre, le puede dar la vida.

—¿Qué nos hará olvidar la corcova de éste?

—Su espíritu. Platon era jiboso; el magno Alexandre, chiquituelo y cuellitorcido: sin embargo, el busto de ambos nos los presenta perfectos, porque en sus semblantes supo descubrir y admirar el artifice los reflejos del alma.

—Tan ciego soy, que no acierto á distinguir

la de vuestro lisiado en sus poemas; como ni supe vislumbrar aquella otra, desenvolviendo la sepultura del portugués, cuyo epitafio dice: *Aqui jaz a anima de Jorge Menino Sequeira; onde morreo o corpo não se sabe.*

—Don Mendo, basta: gran ceguera oprime á quien no ve por tela de cedazo.

Velle suum cuique est, nec voto vivitur uno.—

Como yo sienten las mujeres.

—Como yo deciden los hombres; y conmigo una gran señora viuda de todo lo bueno de España.

—Pues hoy sí que no puede haber apelacion para su voto, siendo la comedia *El Exámen de maridos*.

—Sobre eso hay mucho que hablar; porque estos borceguies que calzo, del Malagueño, tan nuevos, finos, airosos y de linda vista, que ni pintados paréceme habian de estar mejor, yo solo sé dónde me aprietan.

—Descorrióse la cortina, la loa comienza; y ya poco ha de hacerse esperar *El Exámen*.

—Por serviros me dispongo á prestarle atencion.

—Oiga vuestra merced, oiga; pero callando. La comedia pareció bontísima al público, viva en los afectos, soberana en los caractéres y fe-

cunda en la enseñanza, demostrando cómo la mujer nunca decide por riguridad de juicio, sino por ciego impulso del corazón, al escoger marido. No hay que decir cuán en vano presumirá de firme en el propósito de consultar la elección con el discernimiento cuando tenga subyugado el albedrío por inclinación amorosa.

Había metido espuelas el dramático para venir desde luego al asunto y ofrecerle planteado y en acción, apenas corrida la cortina.

Doña Inés acaba de quedar huérfana; y al morir el Marqués, su padre, ha dispuesto que en lugar de testamento se le entregue un pliego con estas palabras de su puño: «Antes que te cases mira lo que haces.» En aquella misma hora, como hija obediente y sumisa, hace Doña Inés voto solemne de cumplir el mandato paterno y resignar en él su voluntad, escogiendo marido, no por amor sino por exámen. Al intento anuncia concurso, y fija las condiciones de los pretendientes:

Con esto, en un blanco libro,
Cuyo título es *Exámen*
De maridos, va poniendo
La hacienda, las calidades,
Las costumbres, los defectos
Y excelencias personales
De todos sus pretendientes,
Conforme puede informarse.

Declara que amor con ella
No es mérito, y solo valen
Para obligar su albedrío
Propias y adquiridas partes:
De manera que ha de ser,
Quien á su gloria aspiráre,
Por elección venturoso,
Y elegido por exámen.

¿Quién que se estimára en algo, no habia de acudir á tan honrosa conquista?

ALBERTO.

Dado que no tengo amor,
Por curiosidad deseo
De este exámen de Himeneo
Ser también competidor.
Mas lo que pensais de mí
Por el lugar en que estoy,
De vos presumiendo voy,
Pues también os hallo aquí.

GUZMAN.

Siendo, en tan alta ocasión,
De méritos la contienda,
Pienso que quien no pretenda
Perderá reputación.

Para no perderla el Marqués Don Fadrique, y olvidar unos mal correspondidos amores, sigue el hilo de la gente y quiere examinarse también, aun cuando califica todo ello de locura. Aprue-

ba semejante resolución su criado, valiéndose de este discreto y muy profundo cuentecillo:

Un aguacero cayó
En un lugar, que privó
A cuantos mojó, de seso;
Y un sabio, que por ventura
Se escapó del aguacero,
Viendo que al lugar entero
Era comun la locura,
Mojóse y enloqueció,
Diciendo: «En esto ¿qué pierdo?
Aquí, donde nadie es cuerdo,
¿Para qué he de serlo yo?»

La lid fué bizarrísima, sin llegarse á convertir de ningun modo el campo en el de Agramante, porque con la mayor resolución dijo la dama examinadora:

Querer voluntades
A la usanza de Valencia,
Que sufran la competencia
Sin celos ni enemistades.

Y por ello contestó así al más porfiado y receloso de sus adoradores:

D.^a INES.
Pensad que si no venceis,
No habeis de quedar quejoso;
Que será tal el dichoso,
Que vos mismo lo aprobeis.

CONDE.

Cumplid lo que prometeis.

D.^a INES.

Tal exámen he de hacer,
Que á todos dé, al escoger,
Qué envidiar, no qué culpar.

CONDE.

Pues, Inés, á examinar.

D.^a INES.

Pues, Cárlos, á merecer.

Llegado el crítico momento del exámen, de la ansiedad en los contendientes, del anhelo porque dicte su fallo la justicia, y no el femenil capricho, ningun opositor se avergüenza de encarcerar sus méritos, abogando en causa propia.

Lluvia de luceros clarísima semejan en los labios de Inés los chistes y agudezas, las pullas lícitas, los epigramas donosos y las delicadas alusiones que animan el severo y gracioso expurgo de la turbamulta de pretendientes. Desecha á éste por jugador un tiempo la advertida Marquesa, aun cuando ya viva enmendado, porque la inclinacion al juego se aplaca, más no se apaga; al de más allá, disertador enfático y pomposo, por fino mentecato y puro majadero; en aquel le disgusta lo muy maduro en seso, á cos-

ta de serlo tambien en años. Le enfada el de esta parte, que anda á lo ministro, estirado y grave, y solicita en su vanidad vireinatos cuando ménos, hombre colérico y adusto, pero cuya furia en un momento se le pasa; porque:

Si con el ardor primero
Me arroja por un balcon,
Decidme: ¿de qué provecho,
Despues de haber hecho el daño,
Será el arrepentimiento?

Quiere esoso á quien ame siempre, no á quien tema. Desdeña á uno, que pretende hábitos y condecoraciones, porque, en su opinion, ántes quiere demostrar ser bienquisto que no caballero. Y desprecia á otro, nobilísimo y rico, porque, hecho mercader, trata y contrata, defecto grande en un príncipe:

Que ha de ser el caballero,
Ni pródigo de perdido,
Ni de guardoso avariento.

En fin, despues de excluir hasta por los nombres de pila, viene á quedar limitada la eleccion y contienda entre el Conde Carlos, perfecto al parecer, y á quien mira Inés con simpatía pero sin amor, y el Marqués Don Fadrique, muy del gusto y preferencia de la dama, aun cuando por

inesperado camino ha llegado á creerle imperfecto. El caso pasa de esta manera:

Habia sido pobre D. Fadrique ántes de heredar el título, y andando bebiendo los vientos por una ingrata Doña Blanca, más dura que el mármol á sus quejas. La cual, en sabiendo que el desdeñado amante es ya todo un Marqués opulento, que al mayorazgo va unida la cláusula de haber de casar el posesor con mujer de su linaje, y que por esta causa aspira Fadrique á la mano de Inés, sale de sí, abrázase en el fuego que primero fué nieve, y patentiza ser tema el amor, y en ocasiones despecho. En vano intenta sincerarse con Doña Blanca Don Fadrique y justificar su mudanza:

Esta ocasion me desvía
De tí; pues, segun arguyo,
Ni rico puedo ser tuyo,
Ni pobre quieres ser mia.
Perdida, pues, tu esperanza,
Si otra doy en celebrar,
Es divertirme, no amar;
Es remedio, no mudanza.
Así que, á no poder más,
Mudo intento: si pudieres,
Haz lo mismo; que si quieres,
Mujer eres, y podrás.

Doña Blanca jura que ha de quedar excluido Fadrique del certámen; y al intento dispone

que su doncella busque trabajo en casa de la examinadora Inés, y espie todo cuanto sucede. Llevá más allá la locura: fingese criada de una novia del Marqués, y en nombre de ella se presenta á su rival con pretexto de venderle ciertas alhajas que ya no son menester, deshecho el casamiento. Con artificio semejante habla á Doña Inés, excita su curiosidad, y le revela, entre otras invenciones, que Don Fadrique tiene dos fuentes, no buen olor en la boca, y en la lengua la maledicencia y la mentira. Sin embargo, nada logra con esta diabólica trama; Inés sigue dando la preferencia al defectuoso, y lleva adelante la prosecucion de su empeño.

Despues de várias pruebas, donde á cual más generoso compiten el Conde y el Marqués, discurre la dama que ambos sostengan á presencia suya unas conclusiones aspirando al decisivo lauro del ingenio y sutileza. El tema consiste en averiguar si deberá Inés preferir por esposo al que ame, aunque tenga algunos defectos secretos; ó al perfecto, aun cuando no le ame. Defiende el Marqués al perfecto; el Conde, al defectuoso, y vence. Y como á vencedor en la prueba de ingenio, ofrécese Inés al Conde Carlos por esposa; pero él se retrae, porque, si tan viva fuerza tienen sus argumentos, en virtud de ellos se ha de casar Inés con Fadrique. Publica,

además, no haber en éste los defectos que se decian; echa sobre sí el peso de aquella falsedad, como un ardid de guerra; y así no desluce á Doña Blanca, de la cual empezó á fingirse enamorado para dar celos á la Marquesa, y acabó por ser muy fino y verdadero amante. Unido cada cual con su cada cual en eterna y felicísima coyunda de Himeneo, corrióse la cortina y resonó en vitores el teatro.

La dama del aposento del Rincon deseaba que se acercase el displicente caballero de capa y espada, y hacerle confesar paladinamente ser el ingenio como el metal, que en tocándole suena, y haber sonado en aquella tarde cual oro acendradísimo. Pero D. Mendo, oido el poste, escurrió la bola en cuanto hubo de averiguar que los silbatos y llaves permanecerian mudos aquella vez, y que faltaba repuesto de naranjas y nueces para arcabucear y meter adentro á los cómicos. De aplausos y alabanzas era la tarde, espontáneos y legitimos, y poco podian allí la dañada voluntad y la malicia.

Como casi todas las comedias de ALARCON, aparecia (puede decirse) con fecha *El Exámen de maridos*, en las alusiones á cosas del tiempo, el cual no pasó inadvertido nunca á los ojos del dramaturgo. Viniéronsele, pues, á la memoria lo ataradísima que andaba entónces la moda por em-

bellecer los cuellos y muñecas en los hombres y la cabeza en las mujeres; y cómo se desvinculaban á todo ruedo, con la muerte de Antonio de Arostegui, las secretarías del despacho, saliendo de manos de vizcainos y pasando á las de andaluces. Así encarece á Inés su habilidad la echadiza Clavela, criada de Doña Blanca:

En labores y bordados,
Hay en la corte muy pocas
Que me puedan igualar.
Si me pongo á aderezar
Valonas, vueltas y tocas,
No distingue, aunque lo intente,
La vista más atrevida,
Si son de plata bruñida
O de cristal transparente.

Y al nombrar secretario Inés, admirase el gracioso porque no le ha ido á buscar orillas del Nervion ó el Vidasoa:

Y á fe que es del tiempo vário
Efeto bien peregrino,
Que no siendo vizcaíno
Llegase á ser secretario.

Lindamente aderezaron los cómicos el espectáculo con muy discreta loa, bailes y entremeses cantados, para principio, fin y entreactos de la comedia. Todo lo cual, léjos de confundir al espectador y distraerle del asunto del drama, fa-

cilitó el descanso, templó la atención y estimuló el gusto con lo sazonado, picante y sabroso de estas piececillas, especie de manjares, que se pueden considerar como los ántes, medios y postres de un banquete. Con efecto, los nombres de *sainete* y *entremes* habian pasado de las tablas de la mesa á las tablas escénicas; del alimento del cuerpo al del espíritu. *Sainete* viene de *sain*, la grosura ó manteca adobada; y *entremes*, no de la voz italiana *intermezzo*, «intermedi,» sino de la provenzal *entremets*, «entre los manjares,» entre cocido y asado. Hacian tales rasgos el oficio de los *sátiros* y del *coro* en Grecia y Roma; ditirambos que alegraban y espaciaban á la concurrencia, valiéndose de palabras hinchadas y tumultuosas, metáforas atrevidas, repentinas transiciones, términos ya peregrinos é inusitados, ya vulgarísimos, en combinacion todo ello con metros muy varios, música y danza. Iban los bailes, en movimiento numeroso y compuesto, dirigidos á imitar costumbres y usos de la humana vida, y aun á simbolizar ideas morales y abstractas.

Gozaron, pues, los espectadores aquella tarde con los ojos, con el oído, con el entendimiento, apurando cuantos deleites pueden brindar las Musas y las bellas Artes, y llevándose á casa alguna lección, algun consuelo, alguna medi-

cina, en la memoria de un suceso maravillosamente imaginado.

La loa, bailes y sainetes que se representaron, pertenecían á Quiñones de Benavente, á un entremesista novel, y á Calderon de la Barca.

El recitante Cristóbal de Avendaño dirigió el entremes cantado y bailado, que se intitula *El Tiempo*. Con sus alas, guadaña y reloj de arena apareció este soplo de las edades, átomo del contento y jifero de la muerte, arrinconando modas, despelambrando molleras, desempedrando bocas, arrugando caras, y convirtiendo las de ángeles en grifos ó demonios; corriendo mozos y derribando viejos. Niños, bravos, damas y galanes, de todos estados, venían á luchar y disputar con él; y á todos los rendía y tornaba otros de los que ántes eran. (527)

En el segundo y no ménos feliz de los entremeses, que se dijo *Las cuatro Sobrinas*,

Salió un vejete arrugado,
Con barbilla y gorra chata,
Tan temblona la cabeza,
Como papanduja el habla;

el cual se desvive y desbarata por dar estado á estas solteronas, hidrópicas de marido; y en lo feas soltadas de alguna leonera. Duda el tío si ponerles cédula como á coche que se alquila;

pero un casamentero se brinda á sacarlas del purgatorio:

Las feas casó yo con grande agrado,
Que lo hermoso por sí se está casado;
Y ogaño casé yo, por más blasones,
Seis basiliscos y once tiburones.

Trae á casa varios pretendientes, uno aficionado á bocas grandes; y las abren tanto las sobrinas, que dice el tío y replica el novio:

VEJETE.

Todas son á lo antiguo estas doncellas;
Y son de buena entraña y buenas mañas.

GALAN.

Ya he visto por su boca las entrañas.

Quién gusta de las bocas chicas; y las fruncen plegan y recogen que es maravilla. Quién, de mujeres pequeñas; y pretenden parecer de la tierra de Lilliput. Quién, de altas; y se elevan como cipreses. Con todo se solazó y de todo vino á sacar partido el entremesista. (528)

Otro de los ditirambos retrataba las futuras Carnestolendas,

Universal diluvio de meriendas,
Feria de casadillas y roscones,
Vida breve de pavos y capones
Y ojaldres, que al doctor le dan ganancia
Con masa cruda y con manteca rancia.

Allí huevos de azahar, corridas de gallos, mazas á perros y descuidados, aporreadas vejigas, jeringuillas de olor, y pellas de salvado para los vestidos de seda y terciopelo. (529)

Por último, tampoco faltó libertad en uno de los chistosos juguetes entremesiles, para decir sin riesgo en público teatro:

Castigar al ladron la ley dispuso.
—Era entónces delito, mas ya es uso;

ni para que en burlas véras, y bajo la capa de bobalicon y rudo alcalde, apostrofase Juan Rana con ademan resuelto y expedita lengua á los revolvedores tiranos:

Al ocioso, holgazan y vagabundo
Le toca solo reformar el mundo. (530)

Anocheía ya cuando comenzó á salir del teatro del Príncipe la mucha gente que allí pasó tan dulces horas; y en la puerta fué para D. JUAN cosa de grandísimo gusto y de no ménos importancia, ver á todos contentos y recibir parabienes de todos. Era aquella la última vez que habian de agitar su corazon las esperanzas ó los descuentos de semejantes alegrías; y las de esta pacífica tarde mal pudieran rehacer un espíritu tan rendido por continuos golpes de amarguras y desengaños.

La extraordinaria fama de *El Exámen de maridos* arrastró como de Lope esta comedia á la *Parte veinticuatro*, apócrifa, de las suyas, que dió á luz en Zaragoza Diego Dormer con aprobacion suscrita á 25 de Enero de 1631. Pero, tres años despues, el verdadero autor reivindicó su derecho, poniéndola por corona y remate en la «*Parte segunda de las comedias del licenciado D. IVAN RVYZ DE ALARCON Y MENDOÇA,*» impresa en Barcelona por Sebastian de Cormellas, año de 1634. En los mismos dias y en la propia oficina se hizo edicion suelta del drama, con título de *Antes que te cases mira lo que haces*, y *Exámen de maridos*, de que existe ejemplar en el Museo Británico.